

ANDY
WEIR



PROYECTO

HAIL
MARY

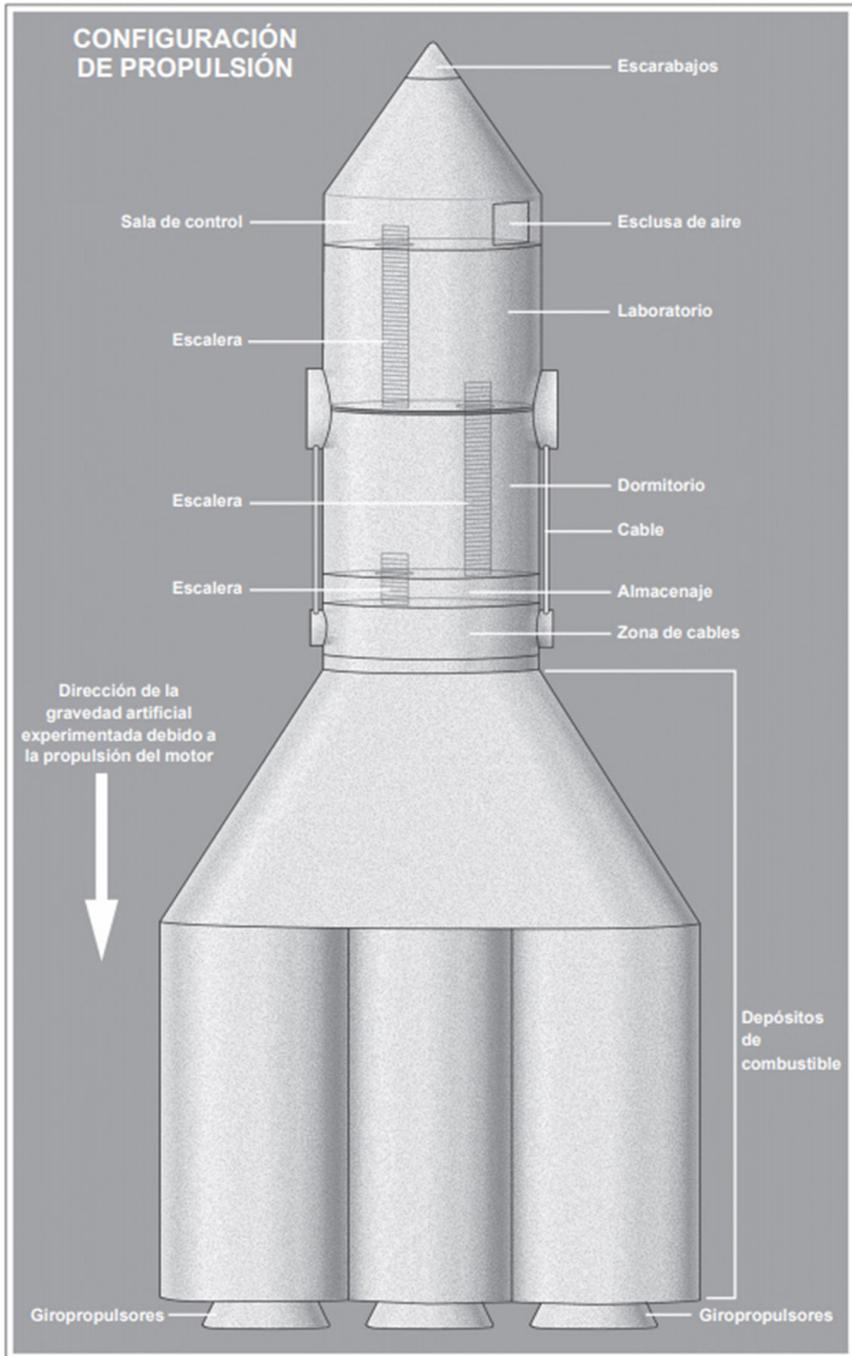
Ryland Grace es el único superviviente en una misión desesperada. Es la última oportunidad y, si fracasa, la humanidad y la Tierra misma perecerán. Claro que, de momento, él no lo sabe. Ni siquiera puede recordar su propio nombre, y mucho menos la naturaleza de su misión o cómo llevarla a cabo. Lo único que sabe es que ha estado en coma inducido durante mucho mucho tiempo. Acaba de despertar y se encuentra a millones de kilómetros de su hogar, sin más compañía que la de dos cadáveres.

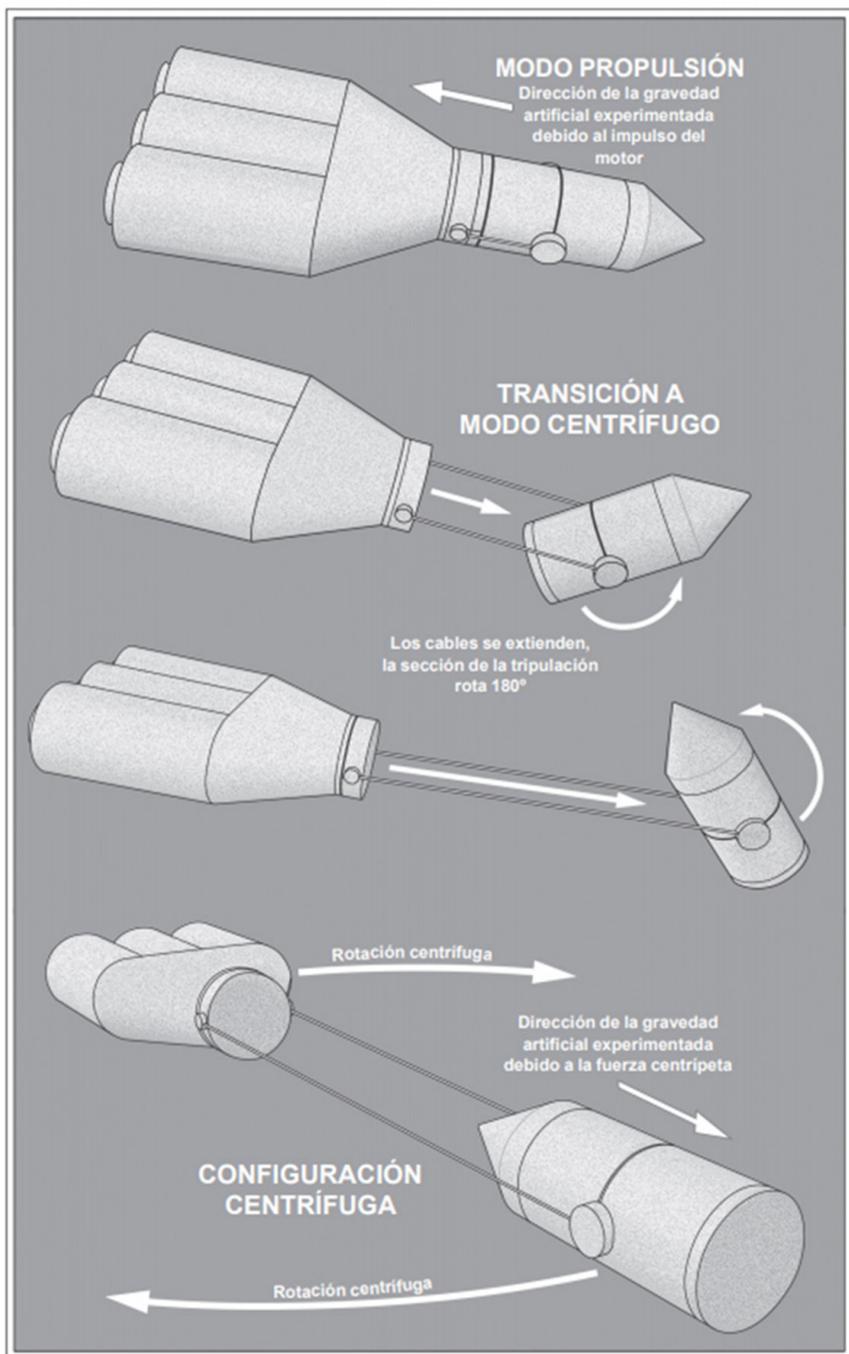
Muertos sus compañeros de tripulación, y a medida que va recuperando confusamente los recuerdos, Grace se da cuenta de que se enfrenta a una misión imposible. Recorriendo el espacio en una pequeña nave, depende de él acabar con una amenaza de extinción para nuestra especie.

Sin apenas tiempo y con el ser humano más cercano a años luz de distancia, habrá de conseguirlo estando completamente solo. ¿O no?

Proyecto Hail Mary, una aventura interestelar irresistible como solo Andy Weir podía imaginar, es una historia de descubrimiento, especulación y supervivencia a la altura de *El marciano*, que nos lleva a lugares que nunca soñamos alcanzar.

A John, Paul, George y Ringo.





1

–¿Cuántas son dos y dos?

Hay algo en la pregunta que me irrita. Estoy cansado. Me vuelvo a dormir.

Pasan unos minutos y lo oigo otra vez.

–¿Cuántas son dos y dos?

La voz suave, femenina, carece de emoción y la pronunciación es idéntica que la vez anterior. Es un ordenador. Un ordenador me está molestando. Estoy todavía más irritado que antes.

–Dmpaz –digo.

Estoy sorprendido. Quería decir «Déjame en paz», una respuesta completamente razonable en mi opinión, pero no puedo hablar.

–Error –dice el ordenador–. ¿Cuántas son dos y dos?

Momento para un experimento. Intentaré decir hola.

–Gla –digo.

–Error. ¿Cuántas son dos y dos?

¿Qué está pasando? Quiero averiguarlo, pero no tengo mucho en lo que basarme. No veo nada. No oigo nada más que el ordenador. Ni siquiera puedo sentir nada. No, eso no es verdad. Siento algo. Estoy tumbado. Estoy sobre algo blando. Una cama.

Creo que tengo los ojos cerrados. Eso no está tan mal. Lo único que tengo que hacer es abrirlos. Lo intento, pero no pasa nada.

¿Por qué no puedo abrir los ojos?

«Abre».

«Y... ¡abre!».

«Abre, maldita sea».

¡Oh! He sentido un leve movimiento esta vez. Mis párpados se han movido. Lo he notado.

«¡Abre!».

Mis párpados se levantan y una luz cegadora me quema la retina.

—... ción —suelto.

Mantengo los ojos abiertos recurriendo a toda mi fuerza de voluntad. Todo es blanco con sombras de dolor.

—Movimiento ocular detectado —dice mi atormentador—. ¿Cuántas son dos y dos?

La blancura se reduce. Mis ojos se están adaptando. Empiezo a distinguir sombras, pero nada que tenga sentido todavía. Vamos a ver... ¿puedo mover las manos? No.

¿Los pies? Tampoco.

Pero puedo mover la boca, ¿sí? He estado diciendo cosas. No cosas que tengan sentido, pero ya es algo.

—Crro.

—Error. ¿Cuántas son dos y dos?

Las formas empiezan a cobrar sentido. Estoy en una cama. Tiene una forma como... ovalada.

Unas luces de led me iluminan. Hay cámaras en el techo que observan todos mis movimientos. Por aterrador que eso sea, me preocupan mucho más los brazos del robot.

Las dos armaduras de acero pulido cuelgan del techo. Cada una tiene una especie de herramientas de aspecto inquietantemente penetrante donde deberían estar las manos. No puedo decir que me guste ese aspecto.

—Ccc... aaa... ttro —digo. ¿Eso servirá?

—Error. ¿Cuántas son dos y dos?

Maldita sea. Reúno toda mi voluntad y mi fortaleza interna. Además, empiezo a sentir un poco de pánico. Vale. También lo usaré.

—Cccuaatro —digo por fin.

–Correcto.

Gracias a Dios. Puedo hablar. Más o menos.

Suelto un suspiro de alivio. Espera, acabo de controlar mi respiración. Tomo otra inspiración. Con toda la intención. Me duele la boca. Me duele la garganta. Pero es mi dolor. Tengo control.

Llevo un respirador. Lo tengo pegado a la cara y está conectado a un tubo que me pasa por detrás de la cabeza.

¿Puedo levantarme?

No. Pero puedo mover un poco la cabeza. Me miro el cuerpo. Estoy desnudo y conectado a más tubos de los que puedo contar. Hay uno en cada brazo, uno en cada pierna, otro en mis «partes nobles» y dos que desaparecen bajo mi muslo. Supongo que uno de ellos se mete por donde no alumbra el sol.

Eso no puede ser bueno.

Además, estoy cubierto de electrodos. Son como esos sensores adhesivos para un electrocardiograma, pero están por todas partes. Bueno, al menos solo están sobre mi piel y no clavados en mi cuerpo.

–Ddd –susurró. Lo intento otra vez—. ¿Dónde... estoy?

–¿Cuál es la raíz cúbica de ocho? –pregunta el ordenador.

–¿Dónde estoy? –repito. Esta vez con más facilidad.

–Error. ¿Cuál es la raíz cúbica de ocho?

Respiro hondo y hablo en voz baja.

–Dos e elevado a dos i pi.

–Error. ¿Cuál es la raíz cúbica de ocho?

Pero no es incorrecto. Solo quería saber lo listo que era el ordenador. Respuesta: no mucho.

–Dos –digo.

–Correcto.

Espero más preguntas de seguimiento, pero el ordenador parece satisfecho.

Estoy cansado. Me quedo dormido otra vez.

Me despierto. ¿Cuánto tiempo he estado dormido? Tiene que haber sido un buen rato, porque me siento descansado. Abro los ojos sin ningún esfuerzo. Es un avance.

Trato de mover los dedos. Se contonean como les ordeno. Muy bien. Ahora progresamos.

–Movimiento de manos detectado –dice el ordenador–. Permanece quieto.

–¿Qué? ¿Por qué...?

Los brazos del robot vienen a por mí. Y se mueven muy deprisa. Antes de que me dé cuenta, han retirado la mayoría de los tubos de mi cuerpo. No siento nada. Como si tuviera la piel entumecida.

Solo quedan tres tubos: una vía intravenosa en el brazo, un tubo en el trasero y un catéter. Estos dos últimos eran los que más quería que me quitaran, pero no importa.

Levanto el brazo derecho y lo dejo caer otra vez en la cama. Hago lo mismo con el izquierdo. Los noto pesados como plomo. Repito el proceso varias veces. Tengo los brazos musculosos. Eso no tiene sentido. Asumo que he sufrido un problema médico enorme y llevo bastante tiempo en esta cama. De lo contrario, ¿por qué me habrían conectado a todos estos chismes? ¿No debería tener atrofia muscular?

¿Y no debería haber doctores por aquí? ¿O al menos los sonidos de un hospital? ¿Y qué clase de cama es esta? No es un rectángulo; es ovalada y creo que está montada en la pared en lugar de en el suelo.

–Quítame... –Voy perdiendo fuerzas. Todavía estoy cansado–. Quítame los tubos...

El ordenador no responde.

Levanto los brazos varias veces más. Muevo los dedos de los pies. Estoy mejorando, no cabe duda.

Inclino los pies adelante y atrás. Mis tobillos están funcionando. Levanto las rodillas. Tengo unas piernas bien tonificadas. No son gruesas como las de un culturista, pero

sí demasiado sanas para alguien al borde de la muerte. Aunque no estoy seguro de lo gruesas que deberían ser.

Presiono las palmas de las manos en la cama y empujo. Mi torso se eleva. ¡Me estoy levantando! Tengo que usar todas mis fuerzas, pero no me doy por vencido. La cama se balancea ligeramente cuando me muevo. No es una cama normal, eso seguro. Cuando levanto la cabeza un poco más, veo que la cabecera y los pies de la cama elíptica están unidos a unos anclajes de pared de aspecto resistente. Es una especie de hamaca rígida. Raro.

Enseguida estoy sentado sobre el tubo de mi trasero. No es la sensación más agradable, pero ¿cuándo es agradable un tubo en el trasero?

Ahora tengo una mejor visión de las cosas. No estoy en una habitación de hospital ordinaria. Las paredes parecen de plástico y toda la habitación es redonda. Unas lámparas de led montadas en el techo proporcionan una luz blanca e intensa.

Hay otras dos camas tipo hamaca montadas en las paredes, cada una con su propio paciente. Estamos situados en triángulo y los Brazos Acosadores están montados en el centro del techo. Supongo que se ocuparán de los tres. No puedo ver gran parte de mis compañeros, que están hundidos bajo las sábanas como lo había estado yo.

No hay ninguna puerta. Solo hay una escalera en la pared que conduce a... ¿una buhardilla? Es redonda y tiene un volante en el centro. Sí, tiene que ser alguna clase de escotilla. Como en un submarino. ¿Es posible que los tres padezcamos una enfermedad contagiosa? ¿Puede que esto sea una habitación hermética de cuarentena? Hay pequeños conductos de ventilación distribuidos en la pared y siento una leve corriente de aire. Podría ser un entorno controlado.

Deslizo una pierna por encima del borde de mi cama, lo cual hace que se bambolee un poco. Los brazos del robot se precipitan hacia mí. Me estremezco, pero se detie-

nen de golpe antes de tocarme. Creo que están listos para agarrarme si me caigo.

–Movimiento de todo el cuerpo detectado –dice el ordenador–. ¿Cómo te llamas?

–Uf, ¿en serio? –pregunto.

–Error. Intento número dos: ¿cómo te llamas?

Abro la boca para responder.

–Uh...

–Error. Intento número tres: ¿cómo te llamas?

Solo ahora se me ocurre: no sé quién soy. No sé qué hago. No recuerdo nada de nada.

–Eh –digo.

–Error.

Una oleada de fatiga me atenaza. Es bastante agradable, en realidad. El ordenador tiene que haberme sedado por la vía intravenosa.

–... espeeera... –murmuro.

Los brazos del robot me depositan suavemente en la cama.

Me despierto otra vez. Uno de los brazos del robot está en mi cara. ¿Qué está haciendo?

Me estremezco, más asombrado que otra cosa. El brazo se retrae a su posición en el techo. Me palpo la cara para valorar daños. Un lado tiene barba incipiente, el otro está suave.

–¿Me estabas afeitando?

–Conciencia detectada –dice el ordenador–. ¿Cómo te llamas?

–Todavía no lo sé.

–Error. Intento número dos: ¿cómo te llamas?

Soy caucásico, varón y hablo inglés. Vamos a jugar con las probabilidades.

–¿Jo... John?

–Error. Intento número tres: ¿cómo te llamas?

Me arranco la vía del brazo.

–Vete al cuerno.

–Error.

Los brazos del robot se estiran hacia mí. Ruedo para levantarme de la cama, lo cual es un error. Los otros tubos todavía están conectados.

Se me sale el tubo del trasero y ni siquiera me duele. El catéter todavía inflado sale de mi pene. Y eso sí que duele. Es como mear una pelota de golf.

Grito y me retuerzo en el suelo.

–Dolor físico –dice el ordenador.

Los brazos tratan de alcanzarme. Repto por el suelo para escapar. Me meto debajo de una de las otras camas. Los brazos se detienen, pero no se rinden. Esperan. Están dirigidos por un ordenador. No van a perder la paciencia.

Dejo que mi cabeza caiga hacia atrás; me cuesta respirar. Al cabo de un rato, el dolor remite y me secó las lágrimas de los ojos.

No tengo ni idea de lo que está ocurriendo aquí.

–¡Hola! –digo en voz alta–. Uno de vosotros, ¡despertaos!

–¿Cómo te llamas? –pregunta el ordenador.

–Uno de vosotros, humanos, despertad, por favor.

–Error –dice el ordenador.

Me duele la entrepierna tanto que tengo que reír. Es completamente absurdo. Además, las endorfinas están actuando y me estoy mareando. Miro el catéter que está junto a mi cama. Niego con la cabeza, impresionado. Eso ha pasado por mi uretra. Buf.

Y me ha causado daño al salir. Hay unas gotas de sangre en el suelo. Es solo una delgada línea roja de...

Di un sorbo al café, me metí el último trozo de tostada en la boca y le hice una seña a la camarera para pedirle la cuenta. Podría haber ahorrado dinero desayunando en ca-

sa en lugar de ir al bar cada mañana. Probablemente habría sido buena idea, considerando mi exiguo salario. Pero detesto cocinar y me encantan los huevos con beicon.

La camarera asintió y se acercó a la caja registradora para cobrarme. Pero en ese momento entró otro cliente que quería sentarse.

Miré mi reloj. Acababan de dar las siete. No tenía prisa. Me gustaba entrar a trabajar a las siete y veinte para disponer de tiempo para preparar la jornada, pero, en realidad, no tenía ninguna necesidad de estar allí hasta las ocho.

Saqué mi teléfono y miré mi correo.

A: Curiosidades Astronómicas <astrocurious@scilists.org>

DE: (Irina Petrova) <ipetrova@gaoran.ru>

ASUNTO: La delgada línea roja

Miré la pantalla haciendo una mueca. Pensaba que había cancelado mi suscripción a esa lista. Había abandonado esa vida hacía ya mucho tiempo. Claro que no era una lista con mucho volumen de mensajes y, por lo que recordaba, normalmente estos eran interesantes. Unos pocos astrónomos, astrofísicos y expertos en otros ámbitos charlaban sobre cualquier cosa que les parecía extraña.

Eché un vistazo a la camarera: los clientes tenían muchas preguntas sobre el menú. Probablemente querrían saber si el bar de Sally servía césped vegano sin gluten o algo así. La buena gente de San Francisco podía ser complicada a veces.

Sin nada mejor que hacer, leí el mensaje de correo.

Hola, profesionales. Soy la doctora Irina Petrova y trabajo en el Observatorio Púlkovo de San Petersburgo, Rusia.

Escribo para pedir ayuda.

Durante los últimos dos años, he estado trabajando en una teoría relacionada con las emisiones infrarrojas de las nebulosas. Como resultado, he hecho observaciones detalladas de unas pocas bandas de luz infrarroja específicas. Y he encontrado algo extraño; no en ninguna nebulosa, sino en nuestro propio sistema solar.

Hay una línea muy tenue pero detectable en el sistema solar que emite luz infrarroja a una longitud de onda de 25,984 micrómetros. Al parecer, solo se da en esa longitud de onda, sin ninguna variación.

Se adjuntan hojas de cálculo de Excel con mis datos. También proporciono unas cuantas representaciones de los datos como un modelo 3D.

Verán en el modelo que la línea es un arco asimétrico que se eleva directamente hacia el Polo Norte del Sol durante 37 millones de kilómetros. Desde ahí, se inclina bruscamente hacia abajo para alejarse del Sol hacia Venus. Después del ápice del arco, la nube se ensancha como un embudo. En Venus, la sección transversal del arco es tan ancha como el propio planeta.

El brillo infrarrojo es muy tenue. Solo pude detectarlo porque estaba usando un equipo de detección extremadamente sensible mientras buscaba emisiones infrarrojas de las nebulosas.

No obstante, para estar segura, pedí un favor al observatorio de Atacama en Chile; en mi opinión, el mejor observatorio de luz infrarroja del mundo. Confirmaron mis hallazgos.

Hay muchas razones por las que podría verse luz infrarroja en el espacio interplanetario. Podría ser polvo espacial u otras partículas que reflejan la luz solar. O algún compuesto molecular podría estar absorbiendo energía y reemitiéndola en el espectro in-

frarrojo. Eso podría incluso explicar por qué siempre tiene la misma longitud de onda.

La forma del arco es de particular interés. Mi primera intuición fue que se trataba de un grupo de partículas que se movían por líneas de campo magnéticas. Pero Venus no tiene campo magnético. No hay magnetósfera ni ionosfera, nada. ¿Qué fuerzas hacen que las partículas se arqueen hacia allí? ¿Y por qué brillan?

Agradeceré cualquier sugerencia o teoría.

¿Qué demonios era eso?

Lo he recordado de repente, ha aparecido en mi cabeza sin avisar.

No he aprendido gran cosa de mí mismo. Vivo en San Francisco, eso lo recuerdo. Y me gusta desayunar. También me dedicaba a la astronomía, pero ¿ya no?

Aparentemente, mi cerebro ha decidido que era crucial que recordara ese mensaje de correo. No cosas triviales como mi propio nombre.

Mi inconsciente quiere contarme algo. Ver el hilo de sangre me habrá recordado esa «delgada línea roja» del título del mensaje de correo. Pero ¿qué tiene eso que ver conmigo?

Me contoneo para salir de debajo de la cama y sentarme con la espalda pegada a la pared. Los brazos se inclinan hacia mí, pero todavía no pueden alcanzarme.

Es el momento de echar un vistazo a mis compañeros pacientes. No sé quién soy ni por qué estoy aquí, pero al menos no estoy solo y... están muertos.

Sí, no cabe duda de que están muertos. El cadáver que tengo más cerca es el de una mujer, creo. Al menos, tenía el pelo largo. Aparte de eso, es casi una momia. Huesos envueltos en piel reseca. No hay ningún olor. No hay nada